



1956 000169423

2 - Tribuna La Estrella de Joaquín Viernes 7 de abril de 1989

La maestra del Premio Nobel

MOISES ESCOBAR ZENTENO

En una escuela que ella nunca pudo imaginar en vida, en todo el país se rinde homenaje, en el centenario de su natalicio, a la insignie poetisa Lucía Godoy Alcayaga, que desde muy joven firmó su nutrida producción literaria con el seudónimo de Gabriela Mistral. En esos años, cuando era una humilde maestra rural, desconocida, en el Norte Chico, supo armonizar y conjugar estrechamente los limitados suenos que podía inspirarle su mundo con un concienzudo estudio del idioma y de todo el vasto y complejo quehacer literario. Nunca pudo haber imaginado, entonces, todos los frutos que alcanzaría en su madurez en un campo tan difícil, donde la envidia humana y el desprecio por el trabajo ajeno se entremezclan solidamente, decididos a enterrar los más bien inspirados entusiasmos.

Estas características adquieren particular relevancia al evocar su vigorosa personalidad, dado que Gabriela Mistral se distinguió siempre por su extrema sencillez, barniz exterior de una exquisita delicadeza y de una aguda sensibilidad para captar y comprender todos los problemas que aquejan al hombre, en especial tratándose de las clases más modestas y desamparadas.

Todas esas cualidades la distinguían, pese a la ausencia de afeites figurativos, como una maestra ejemplar, que sabía traducir en un verdadero apostolado la misión que en su juventud había convertido en la razón de su vida. Su heroico y exquisito concepto del rol de la maestra lo expone en una hermosísima poesía, de profundo y vibrante contenido, destinada a conmover, a través de los siglos, las fibras más íntimas de cuantos saben disfrutar de las incomparables bellezas de la palabra escrita. En cuanto a los que dedican su vida a la docencia, la "Oración de la maestra" constituye el mayor de los estímulos, además de toda una guía de conducta en la difícil labor de educar e inculcar a la juventud el amor por los estudios, así como inquietudes por cultivar el espíritu.

Aun no cumplía los veinte años cuando inició su producción literaria, que se limitó a enviar a los periódicos de su región. Con el saber de estos primeros ratos se acrecentó su interés por remitir sus trabajos a los diarios más importantes del país. En vista de la buena acogida que encontraban, puso sus miras en destacados rotativos de la América hispana, lo que a la larga le valió el reconocimiento continental, como primer paso para la obtención del tan ansiado Premio Nobel, que se le concedió, muy mercedosamente, en 1954.

Esta dilatada producción que traspasaba las fronteras llamó poderosamente la atención del Gobierno mexicano, país al que fue invitada en 1952. Su llegada a la tierra azteca marcó el primer paso de un largo recorrido por el extranjero, que se prolongó muchos años, como el mejor reconocimiento de su dura tarea.

Curiosamente, una de las etapas menos conocidas de su vida tuvo por escenario Antofagasta, a donde llegó en 1912 como profesora e inspectora general del Liceo de Niñas, ya de un sólido prestigio en aquellos años. Apenas puso sus pies en la



Perla del Norte, envió hermosos trabajos suyos a El Mercurio, el diario más importante de la ciudad, que acogió gustosamente todas sus colaboraciones.

Es indudable que a la poetisa, nacida y criada en el Norte Chico, le impresionó desfavorablemente el desolado e inhóspito desierto y así lo indicó en algunas de sus cartas y comentarios. También puede haber influido en su ánimo la soledad en que tuvo que desenvolver su misión educadora en la ciudad portuaria. Era entonces una mujer joven muy agraciada, pero desahogada, que no encontró, al parecer, un ambiente propicio para relaciones sociales en el estrecho espíritu provinciano de esa época. También puede haber influido en su aislamiento su férrea decisión de sumergirse en el mundo literario, prescindiendo, en cuanto le fuera posible, del mundanal ruido, como siempre tan encantador como enemigo declarado de todo estudio. En efecto, su vasta cultura y su sin par estilo revelan muchos años de esfuerzos, destinados a un solo objetivo, convertido en la única meta y razón de su existencia. Algo sumamente raro en estos días. Sin embargo, su producción en Antofagasta, en el corto tiempo que residió allí, le sirvió como un preámbulo del hermoso, conciso y vigoroso estilo que demostraría en muy pocos años más y que le consagraría fama inmortals. Se podría decir que en Antofagasta encontró el camino que buscaba.

También hay otro hecho singular en la vida de esta admirable poetisa. Impartió enseñanzas de castellano y literatura un buen número de años en varios de los principales liceos femeninos del país. Una hazaña admirable para una gromita autodidacta, surgida de un medio rural. Cabe imaginar como contagiar su entusiasmo, su simple cultura y su dedicación las letras. Tiene que haber tenido centenares de alumnas. Lo sorprendente es que en ninguna de ellas prendiera esa llama poco menos que divina que prodigaba la inmortal Gabriela. En realidad, son muy pocos los elegidos, en especial en el maravilloso mundo de la poesía.

"Es indudable que a la poetisa, nacida y criada en el Norte Chico, le impresionó desfavorablemente el desolado e inhóspito desierto y así lo indicó en algunas de sus cartas y comentarios".

La maestra del Premio Nobel [artículo] Moisés Escobar Zenteno.

Libros y documentos

AUTORÍA

Escobar Zenteno, Moisés

FECHA DE PUBLICACIÓN

1989

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La maestra del Premio Nobel [artículo] Moisés Escobar Zenteno. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile